

VIAJE PEDAGÓGICO AL CORAZÓN DE ÁFRICA. GABÓN

José María Hernández Díaz
E-mail: jmhd@usal.es
(Universidad de Salamanca)

Gabón o el valor de educar con naturalidad

En el mes de junio de 1999 se nos presentaba la oportunidad de visitar Gabón, con motivo de ofrecer una conferencia sobre «La educación en los procesos de colonización», y la firma de un convenio de colaboración entre la Facultad de Educación de la Universidad de Salamanca, de la que quien suscribe era su decano en esa fecha, y la Ecole Normale Supérieure de Libreville, la capital de aquella república africana.

Quien entonces era su director, el señor Moussirou, nos había propuesto en nombre de aquel establecimiento y del Ministerio de Educación de Gabón la formación pedagógica de todos los profesores de español de la educación secundaria de la república gabonesa. Entendían que esta era una de sus debilidades, y la Universidad de Salamanca podía satisfacer esta demanda con un programa específico. Y así fue. Se firmó un convenio, que una década más tarde continúa funcionando bien, mediante el cual todos los años se desplaza a Salamanca un grupo de profesores gaboneses de español en secundaria (entre quince y veinte), para realizar en la Universidad de Salamanca (Cursos Internacionales de Español y Facultad de Educación), durante varios meses, un curso intensivo de formación pedagógica y didáctica del español.

Durante las semanas que permanecemos en Gabón fijamos nuestra residencia en el hotel Rapontchombo, en el Boulevard de l'Indépendance, en la parte céntrica de Libreville, junto al mar y dando magníficas vistas al estuario que lleva este nombre, que permite la entrada del océano Atlántico hacia el interior del continente. Desde allí también se divisaban como en nebulosa, a la otra parte del estuario, las grandes instalaciones de las compañías petrolíferas francesas, que extraen en su casi exclusiva totalidad los inmensos recursos de

petróleo y gas que encierra el subsuelo del golfo de Guinea, en especial los de la costa gabonesa.

Desde el primer momento, a nuestra llegada a Libreville, fuimos atendidos por la señora Eugenie Eyeang, quien desde entonces y más tarde va a ocupar diferentes responsabilidades académicas en la Ecole Normale Supérieure. Ella fue nuestra principal guía en las numerosas visitas que realizamos a diferentes liceos de segunda enseñanza, escuelas de primera enseñanza, diferentes departamentos técnicos del Ministerio de Educación y la misma Université Omar Bongo. Había realizado su doctorado en Francia, en la Université de Grenoble, obteniendo un excelente diploma y posteriores prestigiosas publicaciones, algunas relacionadas con la didáctica del español en Gabón.

A través de las diferentes visitas a lugares, centros educativos, organismos de la administración educativa, fuimos poco a poco ordenando nuestra imagen sobre un sistema educativo como el gabonés, en el corazón de África. Era, tal vez, uno de los más avanzados y ordenados, partiendo siempre desde categorías comparativas africanas. Es uno de los que mejor refleja cómo se traslada y plasma en totalidad, a muchos kilómetros de distancia, un sistema educativo como el francés, si bien no con el rigor organizativo de éste.

De estas inolvidables jornadas gabonesas extraemos algunas reflexiones pedagógicas sobre lo que vimos, oímos, observamos y disfrutamos.

En primer lugar, como valor humano y pedagógico de primer orden, destacaría la hospitalidad, la atención personal recibida, la naturalidad de la acogida. He deducido de todas las acciones y gestos hospitalarios y acogedores que recibí que se trata de un elemento propio de la cultura africana, uno de los más profundos, y también irrenunciables, a pesar de las nuevas condiciones que impone la aceleración de la vida impuesta casi siempre desde categorías occidentales. Y lo he vuelto a contrastar en otros viajes a países africanos. Es la vigencia del concepto de familia donde caben todos sus miembros, sin establecer nunca fronteras de tiempo y número, pues miembro de la familia en sentido laxo y africano es todo aquél que es amigo de alguien de la familia. Lo cual puede conducir a números y márgenes de relaciones difícilmente comprensibles en ambientes occidentales o europeos.

En segundo lugar, la naturalidad de las manifestaciones de los niños y jóvenes, así como su jovialidad. Si ésta es una nota distintiva de niños (y a veces jóvenes) de todo el mundo, el contraste con los europeos en especial, pero también de otros ambientes de América, o del norte de África, nos invita a subrayar este elemento de distinción, sin duda favorable entre los niños y adolescentes del África más tropical. Es un valor añadido y seguro para toda actividad educativa. En muchas de las visitas a escuelas e institutos fue algo que nos sorprendió de forma muy grata. Y a veces en contextos escolares muy

poco favorables, en escuelas poco dotadas, con escasos materiales, muy numerosas, con un funcionamiento mediocre.

Otro de los elementos sorprendentes es la sencillez en el compartir, en este caso de los profesores y el grupo de la Ecole Normale Supérieure. Supongo que como en todo grupo humano habría sus más y sus menos, las tensiones lógicas que genera la vida cotidiana y el roce profesional. Pero el ambiente que se respiraba entre ellos parecía habitualmente amistoso y sencillo, y también parecían compartir posiciones científicas y académicas con muchas proximidad. Pondré algunos ejemplos de esto.

Invitado por la dirección de l'Ecole Normale Supérieure de Libreville tuve la oportunidad de ofrecer la conferencia «Colonialismo y educación en perspectiva histórica y comparada. Efectos sobre los nuevos sistemas educativos». La sala de conferencias se convirtió en un hervidero de preguntas, participación, debates. Es decir, allí se percibía iniciativa, vida, ganas de construir mejor el sistema educativo gabonés, intenciones de compromiso transformador, lo cual es un motivo de esperanza. Incluso en un país de gobierno de partido prácticamente único desde 1967 hasta nuestros días, el del presidente de la República del Gabón, Omar Bongo. El deseo de mejora por la educación, la convicción de que eso era posible, tal como se observaba en un auditorio entregado a una revisión decidida del modelo educativo y cultural francés impuesto, nos parecía un valor de primer orden, apenas ya presente entre los docentes europeos de todos los niveles educativos. Fue para nosotros una auténtica recarga de pilas. Fue una sesión maravillosa de intercambio y aprendizaje, de reflexión compartida. Pero creo que al final fui yo el principal beneficiado, pues vine recargado para Europa de moral de cambio, esperanza en la educación y necesidad de compromiso transformador.

La comida africana en el Golfo de Guinea todavía se asienta en buena parte en condiciones próximas a lo natural, a lo que ofrece el mar, los grandes ríos que surcan la selva, la caza, y en menor medida en productos resultados de explotaciones intensivas. La alimentación del día a día tiene estrecha relación con lo que ofrece la selva, con productos vegetales, pescado y carne ahumada, y más raramente fresca, pues la tremenda humedad del clima y el calor dejan pocas oportunidades a los productos perecederos. Es evidente que en la capital de la república, en Libreville, el acceso a modelos europeos de alimentación es más fácil, y los alimentos tradicionales autóctonos se encuentran en recesión.

Mis hospitalarios profesores decidieron preparar y ofrecerme una comida neta y típicamente africana en uno de los espacios de la Ecole Normale Supérieure, con productos originales traídos desde los lugares más diversos del interior. Hablamos de alimentos cocinados o presentes encima de la mesa

como carne de gacela, de mono, de verduras para mí desconocidas, de pescados de mar y de grandes ríos, frutas tropicales ciertamente exóticas. Fue una delicia auténtica poder compartir estos productos, recibiendo las explicaciones oportunas. Fue sobre todo aleccionador observar la disponibilidad y espíritu cooperativo y solidario que todos mostraron hacia la obra común. Y siempre con alegría infinita, con sonrisa, con sencillez, ofreciendo lo que tenían, o explicando cómo habían conseguido los productos, alguno de ellos de manera casi rocambolesca.

En Gabón todavía es posible observar la pervivencia de formas de vida y valores propios de la población rural, aislada, y que se comunica sólo de vez en cuando con otras familias, o con diferentes comerciantes. La necesidad de comunicarse en el interior de la selva, en los cauces de los grandes ríos navegables, de contarse tradiciones e historias, parece ser muy propio de las sociedades africanas, tan ricas en lo que llamamos la cultura oral. Fue muy interesante observar el mercado de todo tipo de productos que rebullía a la orilla del gran río Ogooué, a su paso por Lambarené. El mercadeo y regateo sobre el pescado recién extraído era ciertamente apasionante, pero allí te ofrecían de todos los productos de la selva, carne ahumada, frutas y verduras muy diferentes, herramientas, vestidos de segunda mano (procedentes de las recogidas de ropa en Europa, y que parece ser un gran negocio para algunos). La observación de primera mano de la vida interna de un mercado africano en el corazón del continente es de una emoción añadida, donde se combina la pobreza, las ganas de vivir, el deseo de cubrir las primeras necesidades, el intercambio de noticias. Es toda una lección de antropología para quienes ya no hemos tenido la oportunidad de ver en Europa el cultivo de tales valores.

El viaje en canoa desde Lamberené a los islotes fluviales Rawirí, por la fantástica vía navegable que representa para el país el río Ogooué, viene a ofrecerse para nosotros como el gran baño de naturaleza, belleza, renacimiento espiritual, porque ciertamente resulta espectacular, y fuera de lo común. Y por fortuna, sin tener que disputar espacio y tiempo a centenares de visitantes, como a veces ocurre en las colas de ciertos museos o monumentos, atractivos y encantadores, pero de otra forma. La naturaleza en estado puro, con animales y vegetación como vigías expectantes ante los visitantes que para ellos no dejan de ser intrusos en un reino que consideran propio. Belleza y sencillez, pero también cierta rabia cuando en medio de todo el entorno que parecía virginal se descubren latas de coca-cola despectivamente abandonadas por algún depredador de valores, por muy inconsciente que fuera. En estas islas fluviales compartimos alimento, amistad y buena conversación con el grupo de viajeros.

El curso navegable del río Ogooué permite un desplazamiento rápido a los habitantes de la selva, por zonas donde no existe trazado de carretera, y los

caminos son fácilmente inutilizados por la constancia e intensidad del agua de lluvia que con tanta frecuencia cae. El río, desde las canoas, permite a sus conductores establecer lazos personales y comerciales, decenas de saludos al cruce de rutas. De alguna forma el gran río se convierte también en un espacio de sociabilidad, de compartir, de diálogo, de comunicación interpersonal.

El regreso a Libreville, un día de noche, desde Lambarené, fue para mí chocante y cargado de sorpresas. En el trópico, como es bien sabido, el horario de luz es siempre regular, el mismo todos los días del año, todas las estaciones, porque apenas si hay tendencias climáticas marcadas. De tal manera que a partir de las seis de la tarde es ya noche cerrada. Esto en el corazón de la selva, en la carretera de regreso a la capital, suponía total oscuridad, limitación de velocidad por temor a cruce de animales o árboles. Y también de personas, que este es el caso. Fueron soldados del ejército, que decían vigilar la infiltración de guerrilleros y partidas rebeldes procedentes del Congo, que en su interior tenía conflicto armado abierto. Lo cierto es que de improvisto aparece cruzado en mitad de la carretera un tronco-árbol que impedía el paso a todo vehículo normal, y saltan por todas partes varios soldados bien armados que rodean la furgoneta que nos transportaba. Dejan asomar por la ventana la bocacha de fuego de fusiles ametralladores. Todo esto en una casi completa oscuridad exterior, tímidamente corregida por los focos del automóvil. No hablaban en francés, sino en alguna de las lenguas autóctonas, probablemente de la etnia fang, o punu. Yo desde luego no entendía nada e intuí lo peor, o un secuestro.

Después de un rato de negociación y parlamento entre soldados y mis acompañantes, veo que recogen dinero entre las siete personas del vehículo (sin solicitarme nada) y se lo entregan al jefe del comando, que daba evidentes signos de consumo etílico, para más tensión. Retiran el árbol y pasamos en absoluto silencio. Varios kilómetros adelante, con mucha discreción, me permito preguntar qué es lo que ha ocurrido en realidad. Van explicando, poco a poco, que son patrullas del ejército regular que cuando faltan algunos días para recibir su escaso salario mensual, de forma abusiva y en formato de bandidaje como aquél, asaltan de forma indiscriminada para cobrar una especie de impuesto de seguridad, arguyendo la presencia (que también parecía real) de grupos procedentes del Congo, huyendo de la represión o formando guerrillas para regresar al combate. Esta secuencia resultó para mí de un calado humano impresionante, sobre todo por la cohesión del grupo en riesgo, la aceptación de circunstancias difíciles, la solidaridad a la hora de responder con dinero propio, la protección que el grupo ejerció hacia mi persona. Fue una lección que nunca en mi vida olvidaré.

Libreville o la ciudad libre

El nombre de las cosas, de los lugares, de las ciudades tiende a expresar mejor que nada el sentido y significado que representan, y su propio origen, como expuso hace tiempo Umberto Eco, entre otros semiólogos. El nombre de Libreville es la máxima representación de la libertad, sobre todo si sus creadores han sido sometidos durante años a la más ignominiosa esclavitud. La Ciudad Libre (o Libreville en francés) es creada a mediados del siglo XIX por esclavos libertos procedentes de Estados Unidos. Antes había sido uno de los lugares principales para el tráfico de esclavos negros en el Golfo de Guinea. En el siglo XX se erige en el principal puerto de Francia para el tráfico de todo tipo de productos. Situada en la boca del estuario que lleva su nombre, es la capital de la república de Gabón, y cuenta en la actualidad con unos 600.000 habitantes, un tercio del total de la población del país.

Todos somos conscientes del derecho que el ciudadano tiene a la huelga, y también de haber tenido que soportar algunas consecuencias no deseables, o directamente perjudiciales. Hablamos de todo tipo de huelgas en el transporte, servicios sanitarios y educativos, recogida de basuras, y mil y una de las actividades humanas en empresas privadas y administraciones y servicios públicos. Digo esto porque durante varios días la ciudad estuvo asediada por una huelga de basuras, lo que dio lugar a un espectáculo poco aleccionador, de malos olores, de humos y fogatas quemando lo que podían. Una ciudad así no resulta amable ni educadora, y menos aún en un contexto africano, donde algunos quieren medrar sin escrúpulo alguno, pero a costa del bienestar de los demás. Eso era lo que nos transmitía un ciudad sucia, y no muy olorosa, con muchos y antihigiénicos humos y en llamas, resultado entonces de abusos inconfesables en la gestión de servicios públicos.

Libreville es la sede del gobierno, y la principal ciudad de Gabón. A distancia en cuanto a dimensiones queda Port Gentil, capital económica y petrolera, y también de otras industrias controladas por los intereses económicos franceses, que dan muestra allí de un neocolonialismo voraz y sin límites. Libreville es la sede administrativa, centro de acogida de poblaciones de alubión procedentes del interior o de países limítrofes, y con un turismo todavía poco desarrollado y explotado. Precisamente tuvimos la ocasión de observar la llegada de un grupo muy importante de exiliados políticos del Congo, que huían de matanzas que decían estaban produciéndose por allí cerca, no muy lejos. La historia vuelve a repetirse años más tarde, como dramáticamente observamos estos días de nuevo.

En la capital tuve la oportunidad, acompañado casi siempre de la señora Eyeang, de visitar un buen número de escuelas primarias y de liceos para la educación secundaria, establecimientos que cumplen fielmente las máximas

educativas establecidas por Francia. Es un modelo escolar absolutamente plasmado del francés, en todo. Las escuelas de la capital tienen una aceptable organización, si bien el número de niños en cada aula es muy elevado. Ello no evita que participen con gran ilusión en las actividades programadas. Desde luego, simpatía no les falta, a niños y adolescentes. Otra cosa diferente es el éxito real de la escolarización, puesto que los datos de analfabetismo en todo el país son todavía muy abultados, en torno a un 55% de mayores de seis años.

Lo que me pareció ciertamente muy desorbitado fue uno de los Liceos, el llamado del Estuaire, que tenía matriculados en torno a 5000 adolescentes en la educación secundaria. Es desde luego espectacular observar decenas y decenas de pabellones de baja altura, ordenados more geométrico (muy cartesianamente, diría yo), en un espacio muy abierto, y donde constantemente circulan grupos de niños y adolescentes. La impresión que recibimos fue desde luego sorprendente, por las dimensiones y el sistema tan centralizado que habían adoptado para el gobierno del Liceo (entre nosotros el equivalente a Instituto).

La universidad Omar Bongo es la primera en el tiempo y principal del país, y se ubica también en Libreville. Creada en 1971, ha recibido mejoras y adaptaciones en diferentes momentos, pero siempre atendiendo a directrices procedentes del modelo universitario francés. En la actualidad, después de la gran reforma de 2002, esta universidad está compuesta por dos grandes Facultades, la de Letras y Ciencias Humanas, y la de Derecho y Ciencias Económicas. Los estudios técnicos y los biomédicos han dado lugar a otras universidades, creadas recientemente en Gabón. Muy cerca de ella se sitúa el campus de la Ecole Normale Supérieure, institución muy influyente para la buena marcha del sistema educativo gabonés, en primaria y secundaria. A su nivel, es una Grand Ecole al estilo francés, muy centralizada y ordenancista, y se encarga de la formación de todos los profesores de primaria y secundaria que necesita el país. Allí tuvimos la oportunidad de observar su organización, medios, bibliotecas, laboratorios didácticos, instalaciones, ofreciendo una imagen de orden, criterio y buen funcionamiento, siempre acorde con las dimensiones del país, y las condiciones económicas y sociales del mismo, nunca comparables a las de otros de Europa.

Dolor y amor apasionado en Lambarené

En el corazón de la selva a veces salta de forma casi inesperada un brote de esperanza, de sensibilidad, de dolor y amor al hombre, a los hombres. Cuando uno tiene la oportunidad de ver in situ el hospital de leproso que se crea en Lambarené en la segunda década del siglo XX (1913), o sus modestas

viviendas para las familias, comprende mejor el dolor de los humildes. Cuando se recorren las enternecedoras instalaciones de quirófanos sencillos, salas de urgencia, biblioteca poco nutrida pero bien ordenada, estancias de acogida y la propia vivienda del doctor Schweitzer, uno valora mucho más el esfuerzo y la decisión de este médico suizo para enterrarse profesionalmente en lo profundo de la selva, en humedad constante e infame, entre mosquitos infernales y riesgos de epidemias, entre tifus y otras enfermedades tropicales, y también compara la cantidad de cosas superfluas que nos rodean en el día a día de nuestros países llamados avanzados.

Habría que remontarse a los inicios del siglo XX para entender la energía espiritual que desbordaba del interior del doctor Schweitzer, porque de lo contrario no puede uno explicarse que fuera a instalarse en el corazón del dolor permanente, en la miseria que ofrecía una tierra pantanosa e incomunicada como era aquella a las poblaciones indígenas que se veían diezmadas a cada instante por las enfermedades y el dolor. Pero este legado de amor alternativo y totalmente generoso que nos hizo, entregándose a los más humildes entre los *punus* o los *fang*, sin pedir honores o recompensa alguna a cambio, sigue siendo un siglo más tarde uno de los mejores ejemplos de la educación del amor que yo haya visto nunca.

La educación del amor que encierra aquel sencillo hospital, que hoy sigue siendo útil a muchos enfermos en el corazón de la selva, es una de las lecciones de vida y amor que debieran hacerse visibles en espacios sociales donde parece que sólo triunfan los tiburones y aprovechados. Y no es así, de ninguna manera. El peso y el poderío moral que trasluce aquel lugar lleno de dolor, pero cargado de energía y de vida, es la representación del poder y del triunfo del amor sobre el individualismo más egoísta y feroz.

Por ello, cuando me arrodillé ante la tumba del doctor Schweitzer, percibí y finalmente recibí una de mis mejores lecciones de amor apasionado, de belleza, de sensibilidad espiritual. Sólo recuerdo una emoción fuera de la común, y cómo se deslizaba por mi cara un borbotón de lágrimas de alegría. También que estuve allí postrado un buen rato, sin ganas de arrancarme del lugar, y que teníamos que regresar, pues se ocultaba el sol y llegaba la noche. Era el mes de junio de 1999, en el interior de la selva de Gabón.

Del 21 al 27 de junio de 1999, visita a Libreville
Eugenie Eyeang
Moussirou
Rodrigue Bigoundou
Lambarené
Dr. Schweitzer